

RETIRO: Orar con los Salmos – SALMO 138

(Extraído de Benedicto XVI, *Orar, La Casa de la Biblia*, Noël Quesson, Carlos G. Vallés, y otros)

VER:

Un tercer jueves más, nos reunimos delante del Sagrario para retirarnos, y lo hacemos, este ciclo pastoral, orando con los Salmos. Queremos orar, dialogar con el Señor, descubrir lo que Él quiere de nosotros y preguntarle: “Señor, ¿Qué quieres de mí?”.

El libro de los Salmos es como “el libro de oraciones de Israel”, porque este libro ha ido creciendo a medida que el pueblo de Israel, al ir afrontando diferentes circunstancias, fue elaborando estas composiciones que han ido acompañando su vida, y que fueron recogidas progresivamente en varias colecciones hasta formar un conjunto de oraciones con una función litúrgica.

Así pues, los Salmos son una oración que el ser humano dirige a Dios y, a la vez, son Palabra de Dios, porque es Dios mismo quien inspiró al autor las palabras más adecuadas para dirigirse a Él.

Los Salmos reflejan el encuentro con el Dios vivo. Israel expresa como nadie la necesidad, el ansia de Dios, la alabanza, la confianza, la bendición, el perdón, el lamento, la súplica, la compasión, la acción de gracias. Israel, gracias a la revelación que Dios va haciendo de sí mismo, lee mejor su propio corazón.

A nosotros nos llegan los Salmos, por regla general, dentro del contexto de la oración de la Iglesia, cuerpo de Cristo. Cuando rezamos los Salmos lo hacemos en un contexto litúrgico de oración. Tanto en la Liturgia de las Horas como en la celebración Eucarística, los Salmos se insertan dentro de un universo cristiano que muestra la plenitud de la Revelación del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Los Salmos participan del diálogo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, según la dinámica expuesta por san Agustín: El Nuevo Testamento está latente en el Antiguo, y el Antiguo se hace patente en el Nuevo.

En el caso de la Celebración Eucarística, los Salmos forman parte esencial de la Liturgia de la Palabra. A la primera lectura, tanto en la liturgia diaria como en la dominical o festiva, responde siempre un Salmo. El Salmo se elige en función del contenido de la primera lectura. Expresa los sentimientos adecuados del pueblo después de escuchar esa lectura (alegría, acción de gracias, petición de perdón, llanto, confianza, alabanza, súplica). Se trata de una Palabra inspirada por Dios y de una respuesta de las personas al misterio de su intervención en la historia.

Así pues, los Salmos nos hablan de la experiencia de Dios que tiene el pueblo, una experiencia de Dios que, por ser Palabra inspirada, es experiencia viva, Palabra viva, válida para todas las naciones y para todas las personas, de todos los tiempos, también para nosotros, hoy.

Para la reflexión:

- ¿Utilizo los Salmos, o alguna parte de ellos, en mi oración individual? ¿Por qué?
- ¿Veo reflejado en ellos mi estado de ánimo, o mi situación vital?
- ¿Hacen brotar en mí la fe y la esperanza en Dios?

JUZGAR:

(Escuchamos el Salmo 138 recitado en canto gregoriano) <https://youtu.be/zVGz4vjZBHY>

Salmo 138:

Señor, Tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.

No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime y no lo abarco.

¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás Tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro.

Si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.

Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para Ti,
la noche es clara como el día.

Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias,
porque me has escogido portentosamente,
porque son admirables tus obras,
conocías hasta el fondo de mi alma
no desconocías mis huesos.

Cuando, en lo oculto, me iba formando,
y entretejiendo en lo profundo de la tierra,
tus ojos veían mis acciones,
se escribían todas en tu libro;
calculados estaban mis días
antes que llegase el primero.

¡Que incomparables encuentro tus designios,
Dios mío, qué inmenso es su conjunto!
Si me pongo a contarlos, son más que arena;
si los doy por terminados, aún me quedas Tú.

Señor, sondéame y conoce mi corazón,
ponme a prueba y conoce mis sentimientos,
mira si mi camino se desvía,
guíame por el camino eterno.

Este Salmo no es una meditación filosófica o abstracta, es un diálogo íntimo con Dios. El tema tratado por el salmista es muy propio de la investigación teológica: Dios lo sabe todo, Dios está presente en todo lugar, Dios lo ha hecho todo... pero esta reflexión se realiza desde una perspectiva personalizada, en diálogo: “Tú me conoces... sabes cuándo me siento y me levanto”.

El Salmista utiliza un lenguaje poético, íntimo. No se encuentra a Dios cuando se le considera como “algo”, porque Él es “Alguien”. También se habla mal de Dios cuando se hace en tercera persona: hay que tratarlo en segunda persona y “de tú”.

El salmista expresa en este Salmo la pequeñez de su ser ante la insondable inteligencia y sabiduría de Dios. Él conoce hasta lo más oculto de sus obras, nada se esconde a la luz de su mente y de su mirada.

El salmista describe con palabras poéticas esa mirada de Dios que alcanza al ser humano por más que éste quiera esconderse de Él. El salmista no pretende crear una situación de temor ante un Dios que sabe todo acerca de cada uno, como si estuviese al acecho de sus faltas. Es precisamente lo contrario, un canto a la grandeza de Dios, a su majestad y sabiduría.

Lo que sí manifiesta el salmista es su imposibilidad para penetrar en la mente e inteligencia de Dios. Lo considera algo inalcanzable a sus posibilidades reales de conocimiento: “Tanto saber me sobrepasa, es sublime y no lo abarco”.

A algunos puede molestar este Salmo, porque parece que presenta un Dios controlador, que lo ve todo, que lo sabe todo. No nos gusta esta imagen de un Dios que parece habernos programado anticipadamente y que vigila nuestra menor infracción. Pero esta imagen supone no comprender a Dios. En lugar de ver en Dios una insoportable tiranía, el autor del Salmo considera esa mirada de Dios como una fuente de serenidad total, de paz, se siente bajo una mirada de amor y ternura.

El Salmista no se siente predestinado, no se siente privado de su libertad ni manipulado. Dios es eterno, en Dios no hay un antes y un después. Dios está fuera del tiempo, en un “presente continuo” que acumula y condensa todos los instantes que para nosotros suponen el transcurrir del tiempo. Desde ese estar todo presente a Él podemos afirmar en cierto modo que Dios “sabe lo que vamos a hacer”, pero siempre respeta nuestra libertad.

La esencia del mensaje que este Salmo nos ofrece es clara: Dios sabe todo y está presente junto a su criatura, que no se puede sustraer de Él. Su presencia no es amenazadora ni quiere controlar; aunque ciertamente su mirada también es severa con el mal, ante el cual no es indiferente. Sin embargo, su elemento fundamental es el de una presencia amorosa, salvífica, capaz de abarcar a todo el ser y a toda la Historia.

El Salmo celebra la omnisciencia divina: se repiten, de hecho, los verbos del conocimiento como «sondear», «conocer», «penetrar», «distinguir», «saber». Como es sabido, el conocimiento bíblico va más allá del mero aprender y comprender intelectual; es una especie de comunión entre el que conoce y el conocido: el Señor está, por tanto, en intimidad con nosotros, durante nuestro pensar y actuar.

También se describe de manera palpitante la ilusoria voluntad de quien pretenda sustraerse a esa presencia. Todo el espacio queda abarcado: ante todo, el eje vertical «cielo-abismo», y después la dimensión horizontal, la que va desde la aurora, es decir, de oriente, hasta llegar al «confín del mar». Cada uno de los ámbitos del espacio, incluso el más secreto, contiene una presencia activa de Dios.

El salmista introduce también la otra realidad en la que estamos sumergidos, el tiempo, simbólicamente representado por la noche y la luz, la tiniebla y el día. Incluso la oscuridad, en la que es difícil avanzar y ver, está penetrada por la mirada y por la manifestación del Señor del ser y del tiempo. Dios siempre está dispuesto a tomarnos de la mano para guiarnos en nuestro camino terreno. Por tanto, no es una cercanía de juicio que causa terror, sino de apoyo y liberación.

De este modo, podemos comprender cuál es el contenido último, esencial, de este Salmo: es un canto de confianza: Dios está siempre con nosotros. Incluso en las noches oscuras de nuestra vida, no nos abandona. Incluso en los momentos difíciles, está presente. E incluso en la última noche, en la última soledad en la que nadie puede acompañarnos, en la noche de la muerte, el Señor no nos abandona. Y por este motivo, los cristianos podemos tener confianza: nunca estamos solos. La bondad de Dios siempre está con nosotros.

Para la reflexión:

- ¿Qué siento al leer este Salmo? ¿Qué versículos me hacen reflexionar especialmente?
- ¿Qué sensación me produce saber que Dios lo sabe todo: temor o confianza? ¿Por qué?
- Dios está siempre con nosotros. Incluso en las noches oscuras de nuestra vida, no nos abandona. Incluso en los momentos difíciles, está presente. E incluso en la última noche, en la última soledad en la que nadie puede acompañarnos, en la noche de la muerte, el Señor no nos abandona. Pienso en situaciones concretas en que haya experimentado esa presencia de Dios.

El Salmo es una meditación profunda sobre la trascendencia de Dios y, a la vez, sobre su cercanía y preocupación por todos nosotros. Él lo sabe todo, nada se le oculta: cada instante, hasta en lo más íntimo de la vida humana y de la Historia, le resulta diáfano. Pero su forma de conocer no es lejana o indiferente, sino que comporta una especie de comunión e interés por cada ser humano.

Por eso nada puede esconderse a sus ojos ni oponerse a su presencia salvífica, por más que a veces el ser humano trate de ocultarse o se crea ignorado de Dios. Por el contrario, su mano está siempre dispuesta a tomar la nuestra para guiarnos en nuestro itinerario terreno.

Dios conoce a fondo las interioridades del ser humano: sus designios, sus intenciones, sus pensamientos más secretos, porque le envuelve y penetra en todo su ser. El conocimiento divino sobre el ser humano se extiende a todas sus más íntimas manifestaciones. Nada se escapa a su admirable percepción: cuando se sienta, cuando se levanta, cuando camina, cuando descansa... se halla siempre bajo la mirada de Dios. Sus mismas palabras están ya medidas antes de que tomen expresión articulada.

La razón de este conocimiento radica en el hecho de que Dios todo lo penetra con su Ser misterioso. El salmista, sin acudir a las formulaciones teológicas, sabe que lo llena todo, y particularmente envuelve y estrecha al ser humano en todo su ser, corporal y racional.

La razón de que Dios conozca los secretos más íntimos del ser humano está en que ha sido Él quien lo ha modelado misteriosamente ya en el seno materno, tejiéndolo cuidadosamente en todos sus detalles. **“Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno”**. Dios ha combinado maravillosamente, como en un bordado, sus diferentes partes, y todo en secreto, como si fuera en las mismas profundidades de la tierra.

Destaca la idea de que Dios ve también todo el futuro de ese embrión aún «informe»: en el libro de la vida del Señor ya están escritos los días que esa criatura vivirá y colmará de obras durante su existencia terrena. Así vuelve a manifestarse la grandeza trascendente del conocimiento divino, que no sólo abarca el pasado y el presente de la humanidad, sino también el arco todavía oculto del futuro. También se manifiesta la grandeza de esta pequeña criatura humana, que aún no ha nacido, formada por las manos de Dios y envuelta en su amor: un elogio bíblico del ser humano desde el primer momento de su existencia.

“Mira si mi camino se desvía, guíame por el camino eterno”. Deseando no apartarse de las sendas rectas, el salmista pide a Dios que le examine a fondo para que le muestre sus fallos, de forma que no se aparte de ellas, pues conducen a Él, y en ese sentido son sendas de eternidad, camino eterno. El cumplimiento de los preceptos divinos lleva a la vida y a la paz, mientras que otros caminos conducen a la ruina y a la muerte.

Desde siempre el ser humano se ha preguntado: ¿Quién es Dios? Podemos deducir que existe, pero ¿cómo conocerle? Parece una pregunta sin respuesta, pero sí la tiene. Dios se ha encarnado en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. En Él podemos desentrañar y clarificar ese interrogante que anida en todas las personas.

Es cierto que no es posible a ningún ser humano conocer, penetrar el misterio de Dios. Pero Él se nos ha dado a conocer por medio de su Hijo. Jesús hace caer en la cuenta a su pueblo que, por más que su boca nombre a Dios, en realidad no lo conoce, mientras que Él sí lo conoce.

Jesucristo sí conoce a Dios, y es más: le llama Padre. La Buena Noticia no es solamente que Jesús conozca a Dios, sino que también nosotros podemos entrar en las profundidades de su Misterio y Sabiduría, gracias a Cristo.

Por Cristo somos iluminados acerca del Misterio de Dios, que está fuera del alcance de los ojos, de los oídos y del corazón del ser humano. Lo inalcanzable se nos hace próximo e íntimo gracias al Espíritu Santo enviado por Jesucristo. En la Última Cena, Jesús prometió el envío del Espíritu Santo, que vendría a enseñar, a revelar en la mente y el corazón de las personas el Evangelio que el Padre había puesto en su boca.

Jesús vivió ese sentimiento de total pertenencia, de presencia constante con el Padre. Aun en medio de su Pasión y Muerte, incluso en la oscuridad de la Cruz, Jesús estuvo “con” Dios. A partir de la victoria de Jesucristo sobre la Muerte, y como un don suyo, tenemos el camino abierto para conocer a Dios, cosa que el autor del Salmo todavía consideraba imposible e inalcanzable.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: La razón de que Dios conozca los secretos más íntimos del ser humano está en que ha sido Él quien lo ha modelado misteriosamente ya en el seno materno, tejiéndolo cuidadosamente en todos sus detalles. Dios ha combinado maravillosamente, como en un bordado, sus diferentes partes, y todo en secreto, como si fuera en las mismas profundidades de la tierra. ¿Me siento “obra de las manos de Dios”? ¿Por qué?
- La Buena Noticia no es solamente que Jesús conozca a Dios, sino que también nosotros podemos entrar en las profundidades de su Misterio y Sabiduría, gracias a Cristo. ¿Por ser cristiano me siento inmerso en el Misterio de Dios?
- Jesús vivió ese sentimiento de total pertenencia, de presencia constante con el Padre. Aun en medio de su Pasión y Muerte, incluso en la oscuridad de la Cruz, Jesús estuvo “con” Dios. ¿Es ésta también mi experiencia?

ACTUAR:

Dios, como dicen los místicos, nos penetra más profundamente de lo que nosotros mismos podemos conocernos; éste es el mensaje de este Salmo. Si ese penetrar de Dios en nuestras vidas puede dar intranquilidad al impío, para el creyente, en cambio, es fuente de paz y de abandono en manos del que todo lo sabe. Esta omnisciencia de Dios suscita su oración pidiendo al Señor que cuide de su vida: “Señor, mira si mi camino se desvía y guíame por el camino eterno.”

Dios no necesita nuestras explicaciones, porque sabe bien lo que hay en cada persona. Pidamos que la luz de su saber penetre la tiniebla de nuestros corazones, para que podamos encontrarle y seguir con fidelidad el camino de su Evangelio. El Señor, que nos conoce y con su mirada penetra nuestros pensamientos, nos cubre siempre con su palma, vela sobre nosotros, para que nuestro camino no se desvíe, y nos guía por el camino eterno.

El Señor conoce nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras idas y venidas, nuestros motivos y pasiones, nuestra lealtad y nuestros fallos, nuestro carácter, nuestra personalidad... Nos conoce mejor que nosotros mismos. Nos entiende aun en lo que no nos entendemos a nosotros mismos. Es un descanso saber que al menos hay Alguien que nos entiende.

El conocimiento propio es el camino de la salud mental y de la perfección espiritual. En Dios nos encontramos y nos conocemos a nosotros mismos. Desde el conocimiento que Él tiene de nosotros es desde donde hemos de encontrar el propio conocimiento que buscamos. Tratar con Dios en la oración es la mejor manera de conocernos a nosotros mismos.

El Señor conoce hasta nuestro cuerpo, que juega un papel mucho más importante en nuestra vida de lo que creemos, unido como está a nuestra alma. Pidamos entender nuestro cuerpo como lo entiende el Señor, reconciliarnos con lo que hay de psíquico, corporal y espiritual en nosotros. Que el Señor nos lleve a entendernos a nosotros mismos como un todo, alma-cuerpo-mente.

Pero, a pesar de todo lo que estamos reflexionando, a veces quisiéramos alejarnos de Dios, emprender un camino autónomo, marcado por nuestros intereses particulares. Pero ¿a dónde ir? ¿Dónde escapar de su mirada? Como Jonás, podríamos marcharnos por un camino opuesto al camino de Dios; pero esta iniciativa de protesta no borraría la palabra impresa en el corazón, ni la omnipresencia de Dios: “Si me acuesto en el abismo, allí te encuentro; si vuelo hasta el margen de la aurora, si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha”.

Es preciso entonces que volvamos a la fidelidad primera, a recordar vivencialmente el «amor primero», para escuchar de nuevo la palabra y emprender el camino del seguimiento ante la permanente presencia de Aquel que nos conoce íntimamente y nos ama hasta el extremo.

No existimos por azar; fuimos soñados por Él y somos el resultado de una portentosa elección divina. Pero no porque seamos sabios, fuertes, capaces... No porque estuviera inscrita en nuestro ser la respuesta de la infalible fidelidad a su llamada, sino simplemente por puro amor nos ha escogido y congregado Dios Padre, por una desconcertante acción gratuita.

Aun conociendo íntimamente el fondo de nuestra alma, el Padre fijó su mirada en cada uno de nosotros, cuando nos soñó y nos estábamos formando en el seno materno. En su presencia comenzó a desplegarse nuestro ser y Él tuvo a bien inscribirnos en el Libro de la Vida, allí donde están registrados los secretos de su amor vivificante hacia la humanidad.

A esta elección debe corresponder nuestra vida. Y por esto suplicamos a Dios que no permita que nuestro camino se desvíe; que mantengamos una fidelidad perpetua a esta elección tan desconcertante e inmerecida, a este amor inabarcable.

Para la reflexión:

- El Señor conoce nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras idas y venidas, nuestros motivos y pasiones, nuestra lealtad y nuestros fallos, nuestro carácter, nuestra personalidad. Nos conoce mejor que nosotros mismos. Nos entiende aun en lo que no nos entendemos a nosotros mismos. Pienso en ejemplos concretos de mi vida: ¿qué significa para mí que Dios me conozca mejor que yo mismo?
- Medito este párrafo: El conocimiento propio es el camino de la salud mental y de la perfección espiritual. En Dios nos encontramos y nos conocemos a nosotros mismos. Desde el conocimiento que Él tiene de nosotros es desde donde hemos de encontrar el propio conocimiento que buscamos. Tratar con Dios en la oración es la mejor manera de conocernos a nosotros mismos. ¿Sé mirarme a mí mismo como Dios me mira? ¿La oración me hace conocerme mejor?
- Elijo un versículo o párrafo de este Salmo para repetirlo en oración confiada.

CON OTRAS PALABRAS...

(Escuchamos el Salmo 138 de la Hna Glenda) <https://youtu.be/yhQwfl20vPM>

Tú me conoces

Señor, Tú me examinas y me conoces

Cuando me siento y me levanto

Tú me conoces

Tú me conoces

De lejos penetras mis pensamientos

Distingues mi camino y mi descanso

Tú me conoces

Tú me conoces

Tú me conoces

Tú me conoces

Tú me conoces, eh-eh-eh, eh-eh

A dónde iré lejos de tu aliento

A dónde huiré de tu presencia

Tú me conoces

Tú me conoces

Si digo que me sorba la tiniebla

Lo oscuro para Ti, es claro como el día

Tú me conoces

Tú me conoces

Tú me conoces

Tú me conoces

Tú me conoces, eh-eh-eh, eh-eh

Tú has creado mis entrañas

Lo has tejido en el seno de mi madre

Tú me conoces

Tú me conoces

Cuando en lo oculto me iba a formando

Tus ojos ya veían mis acciones

Tú me conoces

Tú me conoces

Tú me conoces

Tú me conoces

Tú me conoces

Tú me conoces

Tú me conoces, eh-eh-eh, eh-eh

Tú me conoces

Tú me conoces, eh-eh-eh, eh-eh



RETIRO: Orar con los Salmos – SALMO 138

(Extraído de Benedicto XVI, *Orar, La Casa de la Biblia*, Noël Quesson, Carlos G. Vallés, y otros)

VER:

- ¿Utilizo los salmos, o alguna parte de ellos, en mi oración individual? ¿Por qué?
- ¿Veo reflejado en ellos mi estado de ánimo, o mi situación vital?
- ¿Hacen brotar en mí la fe y la esperanza en Dios?

JUZGAR:

(Escuchamos el Salmo 138 recitado en canto gregoriano) <https://youtu.be/zVGz4vjZBHY>

SALMO 138

Señor, Tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.

No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime y no lo abarco.

¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás Tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro.

Si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.

Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para Ti,
la noche es clara como el día.

Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias,
porque me has escogido portentosamente,
porque son admirables tus obras,
conocías hasta el fondo de mi alma
no desconocías mis huesos.

Cuando, en lo oculto, me iba formando,
y entretejiendo en lo profundo de la tierra,
tus ojos veían mis acciones,
se escribían todas en tu libro;
calculados estaban mis días
antes que llegase el primero.

¡Que incomparables encuentro tus designios,
Dios mío, qué inmenso es su conjunto!
Si me pongo a contarlos, son más que arena;
si los doy por terminados, aún me quedas Tú.

Señor, sondéame y conoce mi corazón,
ponme a prueba y conoce mis sentimientos,
mira si mi camino se desvía,
guíame por el camino eterno.



Para la reflexión:

- ¿Qué siento al leer este Salmo? ¿Qué versículos me hacen reflexionar especialmente?
- ¿Qué sensación me produce saber que Dios lo sabe todo: temor o confianza? ¿Por qué?
- Dios está siempre con nosotros. Incluso en las noches oscuras de nuestra vida, no nos abandona. Incluso en los momentos difíciles, está presente. E incluso en la última noche, en la última soledad en la que nadie puede acompañarnos, en la noche de la muerte, el Señor no nos abandona. Pienso en situaciones concretas en que haya experimentado esa presencia de Dios.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: La razón de que Dios conozca los secretos más íntimos del ser humano está en que ha sido Él quien lo ha modelado misteriosamente ya en el seno materno, tejiéndolo cuidadosamente en todos sus detalles. Dios ha combinado maravillosamente, como en un bordado, sus diferentes partes, y todo en secreto, como si fuera en las mismas profundidades de la tierra. ¿Me siento “obra de las manos de Dios”? ¿Por qué?
- La Buena Noticia no es solamente que Jesús conozca a Dios, sino que también nosotros podemos entrar en las profundidades de su Misterio y Sabiduría, gracias a Cristo. ¿Por ser cristiano me siento inmerso en el Misterio de Dios?
- Jesús vivió ese sentimiento de total pertenencia, de presencia constante con el Padre. Aun en medio de su Pasión y muerte, incluso en la oscuridad de la Cruz, Jesús estuvo “con” Dios. ¿Es ésta también mi experiencia?

ACTUAR:

- El Señor conoce nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras idas y venidas, nuestros motivos y pasiones, nuestra lealtad y nuestros fallos, nuestro carácter, nuestra personalidad. Nos conoce mejor que nosotros mismos. Nos entiende aun en lo que no nos entendemos a nosotros mismos. Pienso en ejemplos concretos de mi vida: ¿qué significa para mí que Dios me conozca mejor que yo mismo?
- Medito este párrafo: El conocimiento propio es el camino de la salud mental y de la perfección espiritual. En Dios nos encontramos y nos conocemos a nosotros mismos. Desde el conocimiento que Él tiene de nosotros es desde donde hemos de encontrar el propio conocimiento que buscamos. Tratar con Dios en la oración es la mejor manera de conocernos a nosotros mismos. ¿Sé mirarme a mí mismo como Dios me mira? ¿La oración me hace conocerme mejor?
- Elijo un versículo o párrafo de este Salmo para repetirlo en oración confiada.

CON OTRAS PALABRAS...

(Escuchamos el Salmo 138 de la Hna Glenda) <https://youtu.be/yhQwfl20vPM>

Tú me conoces

Señor, Tú me examinas y me
conoces
Cuando me siento y me levanto
Tú me conoces
Tú me conoces
De lejos penetras mis
pensamientos
Distingues mi camino y mi
descanso
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces, eh-eh-eh, eh-eh

A dónde iré lejos de tu aliento
A dónde huiré de tu presencia
Tú me conoces
Tú me conoces
Si digo que me sorba la tiniebla
Lo oscuro para Ti, es claro como el día
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces, eh-eh-eh, eh-eh
Tú has creado mis entrañas
Lo has tejido en el seno de mi madre
Tú me conoces
Tú me conoces

Cuando en lo oculto me iba a
formando
Tus ojos ya veían mis acciones
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces
Tú me conoces, eh-eh-eh, eh-eh
Tú me conoces
Tú me conoces, eh-eh-eh, eh-eh